

no pudiera ser desautorizada; y el emperador, por su parte, mientras daba oídos á proposiciones de avenencia, prevenía complicaciones demasiado vastas para enajenar anticipadamente su libertad. Bismarck, y en esto estribaba la originalidad de su papel, era embajador de un príncipe que, por temor de ser engañado, vacilaba en dar garantías, y se presentaba delante de un príncipe que habría titubeado en aceptarlas, tan esperanzado estaba de que mucho más habían de darle los acontecimientos y su buena suerte.

Inútil sería, por consiguiente, buscar en las conferencias de Biarritz estipulaciones concretas como las que se convinieron en Plombières; no hubo allí más que un cambio de ideas, si bien entre actores tan poderosos para perturbar ó tranquilizar al mundo, que toda palabra salida de sus labios era grabada en la memoria.

El mismo día de su llegada fué recibido Bismarck por el emperador. En la pequeña corte de Biarritz, el diplomático más mimado por los soberanos y el más admitido en la intimidad de la tertulia imperial y en la familiaridad de la emperatriz, era un prusiano, el señor de Goltz, y después de él otro prusiano, secretario de la embajada, el Sr. de Radowitz. Este testimonio de benevolencia pareció de buen agüero al canciller, el cual pensó que se había desvanecido decididamente el desagradable recuerdo del tratado de Gastein. Esta impresión no fué desmentida por las primeras palabras de Napoleón, quien si habló de aquel tratado fué no tanto para recriminar á Prusia como para disculpar la circular del Sr. Drouyn de Lhuys: «Siento, dijo, que se haya publicado este documento y desearía que fuese considerado como nulo.» Bismarck tomó nota de este disgusto aunque sin creer mucho en él, porque el Sr. Rouher, á quien dos días antes viera en París, le había afirmado que el emperador había tenido conocimiento del despacho y lo había aprobado. «El tratado de Gastein, añadió, ha desagradado aquí por dos razones: primera, por el convencimiento de que la aproximación de las dos potencias alemanas no era sino el preludio de una coalición contra Francia; y segunda, porque se juzgó que el Austria no habría hecho á Prusia tantas concesiones si no hubiese obtenido en cambio alguna ventaja secreta.» La conversación, hasta entonces bastante trivial, tomó, á partir de aquel momento, un carácter más concreto. El soberano, con acento más emocionado que de costumbre y con cierta solemnidad de lenguaje, interpelló á su huésped diciéndole: «¿Podéis afirmarme en conciencia que no habéis garantizado, en una ú otra forma, al Austria la posesión de Venecia?» La sequedad de la pregunta y el tono casi ansioso del emperador demostraban la importancia que éste había de dar á la respuesta. Bismarck se apresuró á disipar todo temor: «Nada de esto se ha estipulado, dijo, y no tardará en quedar demostrada nuestra sinceridad. Además, ¿cómo habríamos contraído un compromiso que podría arrastrarnos á la guerra sin ningún provecho para nosotros?» Tranquilizado sobre este particular, Napoleón habló amistosamente: «Prusia y Francia, dijo, son las dos naciones que tienen más idénticos intereses, y día vendrá en que sellaremos con algún acto positivo nuestras mutuas simpatías;» y sin concretar nada, dejó entender que esta eventualidad pudiera estar próxima. Luego volviendo, á los ducados, preguntó: «¿Cuá-

les son vuestras intenciones respecto del Holstein?—Pensamos apropiárnoslo, respondió resueltamente Bismarck, asegurando, si es preciso, al Austria una indemnización pecuniaria.» Dicho lo cual, esforzó en probar que el engrandecimiento territorial no era gran cosa y no merecía despertar celos; que Prusia, extendiéndose hacia el mar del Norte y el Báltico, se vería obligada á aumentar considerablemente sus fuerzas marítimas; y que los gastos de esta ocupación serían muy superiores á los modestos beneficios de la conquista. El emperador asintió á estas manifestaciones, sea porque el razonamiento le pareciese bueno, sea porque desdeñara todo debate sobre asunto tan mezquino. Entonces el primer ministro del rey Guillermo, animado por aquella tolerancia, aventuróse á provocar las confidencias del soberano, exponiendo para ello sus propios planes: «La adquisición de los ducados, dijo en substancia, no es sino el comienzo. Nuestro Estado alemán tiene, por derecho histórico, una gran misión que llenar; y en el cumplimiento de lo que á nuestros ojos es un deber, contamos con la actitud amistosa de Francia. El mayor interés del gabinete de las Tullerías está en favorecer la misión nacional de Prusia: una Prusia vigorosa se aproximará naturalmente á Francia; una Prusia miserable se verá obligada, por el contrario, á buscar en el centro y en el Norte de Europa aliados contra su poderosa vecina del Oeste.» Napoleón había escuchado á Bismarck sin interrumpirle, y cuando éste hubo terminado, limitóse á replicar que aquellas consideraciones eran ciertas y dignas de una atención simpática. El hombre de Estado prusiano se hacía la ilusión de que descubriendo sus propósitos ambiciosos provocaría una confianza análoga; de modo que tal vez quedó un poco desencantado cuando oyó aquella sobria respuesta. Pero, aun formulada en aquellos términos generales, ¡cuán valiosa no era la adhesión!

La vida de Biarritz, exenta de etiqueta, favorecía las entrevistas, y más de una vez se reprodujo aquella conversación ante las miradas atentas de la pequeña corte. Las atrevidas miras de Prusia, la creciente rivalidad de las dos potencias alemanas, la personalidad de Bismarck, gran hombre para unos, político digno de burla según otros, y á quien se observaba con tanta más curiosidad cuanto más discutido era, todo daba á la presencia del primer ministro las proporciones de un acontecimiento. De todos los invitados, ninguno, siquiera fuese de raza de príncipes ó de sangre real, llamó tanto la atención como él. Hasta su llegada, los cortesanos ocupaban los ocios de su veraneo con toda clase de temas, hablando de la salud del rey de Bélgica, que se hallaba próximo á la muerte, del reciente fallecimiento de Lamoriciere, de la boda de la princesa Ana Murat con el duque de Mouchy, boda que todavía se anunciaba en voz baja y que en opinión de todos había de producir gran sensación en el partido legitimista. Hacía muy poco, en aquella misma residencia de Biarritz, la emperatriz había ido á visitar á la niña de Emilio de Girardin que se moría de una enfermedad terriblemente contagiosa, y esta animosa visita, hecha en el domicilio de un adversario desgraciado, era objeto de numerosos comentarios. Pero al presentarse Bismarck pareció pálida toda crónica que á él no se refiriera.

Dijérase que las conversaciones, al prolongarse, se

habían desviado algo de su primordial objetivo; sea que Napoleón estuviese cansado de hablar siempre del mismo asunto, sea que deseara substraerse á interrogaciones demasiado apremiantes, es lo cierto que más de una vez procuró tocar en sus coloquios con su huésped temas muy distintos de los negocios alemanes. En una entrevista en que se trató de los principados moldo-valacos, el primer ministro hizo observar que Prusia no tenía grandes intereses á orillas del Danubio y que su regla de conducta era evitar toda contienda con Rusia, observación cuya prudencia aprobó el emperador. Esto no obstante, el soberano se entretuvo hablando largo rato de este asunto, no porque le interesaran los principados, sino por la posibilidad de que esta cuestión encerrara la clave para indemnizar al Austria, la cual, en cambio, renunciaría á Venecia. De Venecia se pasó á hablar nuevamente de Prusia y el emperador persistió en su misma actitud, y si bien con sus palabras alentó á su interlocutor, haciéndole esperar en su protección, rehuó el tomar un acuerdo concreto respecto de la época y del objeto de su concurso, y más de una vez repitió la siguiente frase: «Las circunstancias no hemos de hacerlas nosotros; hemos de dejar que se presenten y entonces ajustaremos á ellas nuestras resoluciones.»

El día 11 de octubre Bismarck se despidió del emperador, y el mismo día, en una memoria dirigida á su rey, resumía la impresión general de su viaje en estos términos: «De las observaciones que he hecho deduzco que la actual opinión de la corte imperial nos es singularmente favorable (1).» Los que esto lean se sorprenderán quizás de esta satisfacción y, buscando en vano alguna estipulación concreta, considerarán que aquella famosa entrevista, objeto de tantos comentarios, no merece la curiosidad que despertó entre los contemporáneos. Pero, mirando el fondo de las cosas, se ve que el optimismo de Bismarck no era infundado, pues aunque no llevaba á su país ninguna promesa positiva, de su trato directo con Napoleón había sacado (y este era el verdadero resultado de su viaje) dos enseñanzas que habían de guiarle en sus planes ulteriores.

La primera se refería á la política general del emperador y desde este punto de vista las conferencias habían sido notables no por lo que el monarca había dicho, sino por lo que había dejado decir: cuando Bismarck le desenvolvió sus propósitos sobre los ducados, de sus labios no había salido una sola objeción; cuando, envalentonándose más, proclamó la misión histórica de Prusia, le había permitido proseguir hasta el final tranquilamente, sin interrumpirle, á modo de teórico que juzga una tesis, no como soberano que piensa en su país; y cuando, espontaneándose por completo, se atrevió á pedirle no sólo que no combatiera sus ambiciones, sino además que las favoreciera, su previsión embotada no se había despertado y había limitado á diferir la alianza. ¡Cuán alentador era aquel silencio! Napoleón podía dominar todas las ambiciones, reprimir todas las codicias con una sola palabra, clara y terminante, y Bismarck salió de Biarritz con la firme esperanza de que aquella palabra decisiva, salvadora para la

(1) Memoria al rey Guillermo, de 11 de octubre (Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo IV, págs. 213 y siguientes).

paz del mundo, no sería pronunciada. Que, una vez estallado el conflicto, Napoleón se ingeniara para aprovecharse de él; que observaría entre ambos rivales una conducta refinadísima, y que especularía de antemano con el agotamiento de uno ó de otro, eran cosas posibles y hasta verosímiles; pero fuesen cuales fueren las obscuridades para el porvenir, el ambicioso no se vería detenido bruscamente en un principio y tendría licencia para seguir adelante. Esto era lo que había aprendido Bismarck durante su rápida excursión por las playas vizcaínas, y esta persuasión se afirmó aún más cuando, al pasar de nuevo por París, volvió á ver á Napoleón, el cual después de haberle repetido que era menester esperar las circunstancias, añadió con muy marcada benevolencia: «Que me escriba el rey confidencialmente en cuanto parezca que los acontecimientos exigen un acuerdo más completo.»

Esta era la primera enseñanza; he aquí ahora la segunda.

Bajo el rostro impassible del emperador, Bismarck había podido adivinar un deseo ardiente hasta la pasión: en un asunto, en uno solo, manifestaba una solicitud llena de emoción, á saber, en lo relativo á la suerte de Venecia. Hablando con el jefe del gabinete de Berlín del Tratado de Gastein, habíase interesado sobre todo en si Prusia había garantizado al Austria sus posesiones italianas; si su mirada se fijaba en los principados danubianos, era con la esperanza de encontrar en ellos una compensación posible por las provincias vénetas; y en una guerra entre las potencias alemanas vislumbraba la independencia de Italia hasta el Adriático, y esto solo le hubiera hecho desear con poco empeño la paz. En la mente del emperador agitábase muchas ideas confusas; pero de entre estas tinieblas surgía una idea fija y muy clara, que brillaba como un fanal al través de las sombras de la noche, y era la de la reconquista de Venecia. Cualquiera, aun con menos sagacidad que Bismarck, habría explotado esta pasión. Cuando se quiere conquistar el favor de un padre, se ofrece un regalo á sus hijos: el emperador tenía una hija, y muy querida, Italia, y esta hija deseaba Venecia, la más suntuosa de sus joyas; quien diera esta joya á la hija conquistaría el corazón del padre. Tiempo hacía que Bismarck sospechaba esto; después de su estancia en Biarritz, la sospecha se convirtió en seguridad; así es que, al pasar nuevamente por París, una de sus primeras visitas fué para el Sr. Nigra. En aquel entonces, el hombre de Estado prusiano se decía: «Si Italia no existiese, sería preciso inventarla.»

## VI

De todas las negociaciones del siglo XIX ninguna ofrece tan complicado aspecto como la de la alianza pruso-italiana. En el momento en que Bismarck, sabiendo ya á qué atenerse respecto de los verdaderos intereses de su país, se orientaba resueltamente hacia Italia, ésta hacía gestiones para recuperar Venecia, aunque formándose la ilusión de que la misma Austria se la cedería.

Los recientes desengaños del gobierno de Florencia explicaban esta evolución. A principios de agosto La Marmora había recibido la visita del Sr. de Usedom,

quien le había anunciado como probable, como próxima, la guerra contra el Austria, y solicitado, en previsión de ello, su concurso; y, sin embargo, pocos días después se conocía el Tratado de Gastein, siendo opinión general en Florencia que Prusia había comunicado á Viena la respuesta de La Mármora para apremiar al Austria (1). Los italianos, á quienes muy pocos aventajan en sagacidad, no tardaron en contestar á este golpe: no renunciarían á Venecia, pero en vez de intentar su conquista negociarían su compra, y, apartándose de Prusia, esa amiga dudosa, se dirigirían á su antigua enemiga.

A decir verdad, la idea no era nueva, pues la cesión amistosa de Venecia había sido discutida muchas veces en Turín, en Viena y en París, y en la corte napoleónica esta combinación era ardientemente deseada por los más perspicaces amigos del emperador, quienes se lisonjaban de satisfacer con ello uno de los más vivos deseos de su soberano y de substraerle por este medio á la peligrosa alianza prusiana. ¿Pero era esto algo más que un sueño? Ya en 1863, el Sr. de Rechberg, ministro todavía, había tratado á fondo con el embajador de Francia de las probabilidades de éxito de semejante transacción; se había dedicado á demostrar la utilidad de las provincias vénetas como defensas de la frontera oriental alemana, y había además invocado las susceptibilidades de la opinión pública.

Como el Austria no había reconocido el reino de Italia, y el emisario de ésta no podía por ende estar revestido de ningún carácter diplomático, confióse aquella misión, puramente oficiosa, á un italiano de condición ilustre unido á la corte de Viena por varios vínculos y, sin embargo, de probado patriotismo, puesto que tenía tres hijos en el ejército nacional: el conde Malaguzzi. En 9 de octubre, en los mismos días en que Bismarck se encontraba en Biarritz, La Mármora dió al conde instrucciones detalladas que habían de determinar claramente el objeto del viaje: el negociador había de proponer la compra de Venecia por una cantidad total que, comprendiendo la participación de la deuda, no excediera en ningún caso de mil millones; estaba autorizado para dejar vislumbrar la conclusión de un tratado de comercio; y además procuraría obtener un tratado secreto que facilitara para lo porvenir la adquisición del Tirol italiano. El proyecto había de presentarse como muy favorable para el arreglo de la cuestión romana; y, por último, el emisario debía afirmar que Francia deseaba muy de veras la avenencia, afirmación fundada, sobre todo en lo tocante al Sr. Drouyn de Lhuys, que ciertamente no se atrevía á creer en tamaña felicidad (2).

La correspondencia de nuestro embajador Sr. de Gramont no contiene informe alguno acerca de la estancia del conde Malaguzzi en Austria; y en cuanto á los documentos de procedencia italiana, consignan que el negociador encontró en las esferas oficiales disposiciones bastante conciliadoras, puesto que en ellas no se pensaba en el desquite, ni se deseaba una nueva ingerencia en los asuntos de la península, y en todas partes, ó casi en todas, se aceptaban con resignación los hechos consumados. Tampoco el público miraba con indiferen-

(1) Jacini, *Due anni di politica italiana*, pág. 140.

(2) La Mármora, *Un peu plus de lumière*, págs. 63 y sigs.

cia las ventajas del proyecto: los hombres de negocios habrían acogido de muy buen grado un tratado de comercio; los políticos habrían soltado con gusto la pesada carga de Venecia; y en cuanto al ministro de Hacienda, cuatrocientos millones de florines constituían para él un recurso inesperado y doblemente precioso dados los apuros financieros del imperio. Aunque el sacrificio causara cierto disgusto, ¿qué compensación se obtendría con la confusión de Bismarck á quien se privaría á la vez, por medio de un golpe magistral, de su aliada, de su principal motivo de guerra: el partido militar, muy poderoso en Viena, no podía figurarse que se abandonarían sin lucha los lugares que en otro tiempo regaran con su sangre tantos súbditos leales del emperador. Había también otra consideración que no pesaba menos: hacía poco que Austria había cedido por dinero el Lauenburgo, y se hablaba ahora de una indemnización pecuniaria que vendría á ser la compensación del Holstein; ahora bien, si á todas estas enajenaciones se unía la enajenación de Venecia, ¿no parecería que cada provincia del imperio era un objeto de venta ó de subasta? Este escrúpulo de dignidad se sobrepuso á todos los demás razonamientos y el enviado italiano hubo de partir de Viena sin haber obtenido ningún resultado positivo de su viaje. Mas á pesar de su fracaso, marchóse á Florencia convencido de que sus argumentos no habían sido inútiles y de que la repugnancia de Austria iba cediendo.

Bismarck estaba demasiado bien informado, y sobre todo era demasiado perspicaz para que estas gestiones escapasen á su vigilancia. En los últimos meses de 1865 y á principios de 1866, una de sus grandes preocupaciones fué contrarrestar en Florencia las influencias austríacas. Tiempo hacía que se negociaba entre Prusia é Italia un tratado de comercio; Bismarck, á su regreso de Biarritz, reanudó aquellas negociaciones: «Creedme, decía al Sr. Nigra durante su estancia en París; suscribiendo el tratado de comercio, concediendo á la Alemania del *Zollverein* el trato de nación más favorecida, con reciprocidad, realizaréis un acto eminentemente político y que os será altamente ventajoso para el porvenir.» En Francia, el Sr. de Usedom, que después del Tratado de Gastein se había encontrado en situación muy perpleja, había reanudado sus visitas al ministerio de Negocios extranjeros. Y una vez firmado el tratado de comercio, el rey Guillermo, cual si con ello quisiera sellar mejor el acuerdo, envió al rey Víctor Manuel el collar del Águila Negra. El jefe del gabinete prusiano, con palabras hábilmente estudiadas y que seguramente serían repetidas allende los Alpes, esforzábese en indicar á los italianos el camino que debían seguir y á sujetarlos por medio de una alianza que no les permitiera retroceder: «Ciertamente, decía al Sr. Benedetti, Italia haría mal en gastar quinientos millones para rescatar á Venecia; la guerra no le costaría ni doscientos y no dejaría pendientes dificultades de fronteras que la paz no puede resolver.» Su principal esfuerzo tendía á borrar la impresión que en Florencia había producido la reciente reconciliación con

Viena; por esto en 13 de enero de 1866 escribía al señor de Usedom: «La conducta de Austria ha extinguido todas las obligaciones de conciencia que en el ánimo del rey había engendrado el Tratado de Gastein;» y partiendo de esta base, insistía de nuevo en la urgencia de una aproximación íntima con Italia.

¿Qué haría el gobierno de Víctor Manuel? El año 1866 comenzó en Florencia en medio de grandes perplejidades: el fracaso de la misión Malaguzzi no permitía contar con Viena; pero ¿podría contarse con el apoyo de Berlín? En el fondo, todo dependía de la conducta de Prusia. Si el rey Guillermo, en sus relaciones con Austria, continuaba empleando en su lenguaje palabras vagamente amenazadoras con seguridades pacíficas; si á la contienda entre ambas potencias se substituían tratos y arreglos, Italia, aleccionada por un reciente ejemplo, se guardaría bien de tomar partido entre aquellos dos adversarios, apenas reñidos, que á la hora más impensada podrían volver á ser amigos y hacerle pagar á ella los gastos de la reconciliación; lo que haría en tal caso sería sortear la situación, calcular fríamente los ofrecimientos, y si comprendía que le era imposible obtener ninguna ventaja, se dedicaría exclusivamente á sus asuntos interiores. Muy distinta sería, en cambio, su actitud si el conflicto llegaba á un estado tan agudo que no permitiera una avenencia entre los adversarios; entonces, segura de que no se vería abandonada, demostraría que la guerra no le inspiraba temor alguno, y se jugaría el todo por el todo por un aliado que se lo hubiese jugado antes no menos resueltamente.

## VII

Aquella hora decisiva no debía tardar en sonar. El año 1865 había sido año de preparación; el 1866, que comenzaba, sería el del rompimiento.

Bismarck, á caza de una causa de conflicto, encontró en un incidente de muy escasa importancia el pretexto que había de iniciar la contienda.

Por virtud del Tratado de Gastein, la administración del Holstein estaba confiada al Austria y la del Sleswig á Prusia; pero esta adjudicación, de carácter enteramente provisional, dejaba subsistente el derecho de copropiedad de cada uno de los copartícipes sobre una y otra provincia, de suerte que cada gobierno era, en el territorio que le había sido adjudicado, mandatario de su aliado, depositario de la soberanía común, y como tal tenía el deber de conservar el *statu quo* sin alterarlo en lo más mínimo. El espíritu alemán tiene sutilezas que los teóricos inventan y los hábiles explotan. El comisario de Austria había sido el general Gablenz; el de Prusia, el general Manteuffel; y aunque estos dos personajes no eran en modo alguno hostiles el uno al otro, habíanse visto empujados en opuestas direcciones. Prusia perseguía la anexión en provecho suyo; Austria deseaba la constitución de un Estado independiente. El duque de Augustemburgo estaba excluido del Sleswig; en cambio, gozaba de completa libertad para organizar la propaganda, agrupar á sus partidarios y proclamar sus derechos, limitándose el general de Gablenz á contestar á los que le censuraban por sus complacencias, que «no quería dejar allí la reputación de un bajá turco.» Los amigos del príncipe, envalentona-

dos por tales condescendencias, pensaron en organizar en su favor una reunión más importante que se celebraría en Altona en 23 de enero y á la que acudirían desde el centro de Alemania delegados del partido liberal. La policía prohibió de momento aquella manifestación, pero luego, á consecuencia de nuevas negociaciones, la toleró; y el día anunciado inauguróse la asamblea, con asistencia de numeroso público que, según se asegura, llegaba á cuatro mil personas. Pronunciáronse vehementes discursos encomiando las ventajas de una solución definitiva, criticando la conducta de Prusia y determinando los derechos del duque de Augustemburgo, después de lo cual los asambleístas se separaron sin haber adoptado ninguna resolución positiva, pero proclamando ruidosamente los derechos del pretendiente.

Al siguiente día, la prensa oficiosa hablaba en términos muy coléricos de la manifestación de Altona. En cuanto á Bismarck, aprovechó aquella ocasión que hacía tanto tiempo esperaba, y tres días después salió de Berlín un despacho dirigido al Sr. de Werther, embajador de Prusia en Viena y en el que no sólo se denunciaba la antigua alianza, sino que además se adivinaba la proximidad de la guerra.

En él, el jefe del gabinete prusiano, después de algunas críticas sobre la administración austríaca de los ducados, se ocupaba de «las últimas noticias de Altona,» y abultando intencionadamente la manifestación, afectaba gran indignación y gran alarma, tachaba de revolucionarios á todos los agitadores tolerados en el Holstein y en tono extremadamente solemne se asombraba «de que bajo la égida del águila austríaca se desarrollaran tendencias hostiles á todos los tronos.» Luego, empleando un lenguaje más arrogante todavía, intimaba al gabinete de Viena «que pusiera coto en el Holstein á las indignas declamaciones de la prensa y á las intrigas de la pequeña corte de Kiel y que renunciara en lo futuro á todo procedimiento agresivo.» El presidente del Consejo, lejos de evitar las palabras mortificantes, las buscaba con visible empeño, y en tono altanero, casi arrogante, preguntaba «qué carácter quería imprimir el gabinete de Viena á sus relaciones con el de Berlín.» Y para que en el despacho nada faltara de lo que pudiera patentizar la gravedad del mismo, añadía: «Una respuesta negativa ó evasiva nos convencería de que en Austria las tendencias contrarias á Prusia son más poderosas que el sentimiento de la solidaridad de los intereses comunes... Ruego á Vuestra Excelencia que acerca de este particular no deje dudas en el ánimo del conde de Mensdorff; el momento es demasiado grave y los acontecimientos han llevado las cosas á un punto demasiado extremo para que resultara inoportuno un lenguaje menos franco.»

Hasta entonces, las pretensiones de Bismarck habían excitado en los círculos políticos vieneses sentimientos más bien de ironía que de inquietud, y aunque el viaje á Biarritz había provocado cierta ansiedad, no habían tardado aquéllos en tranquilizarse, y hasta se había dicho que el tentador había sido cortésmente desairado. Por mucha que fuese la habilidad del hombre de Estado prusiano (y ya nadie se la disputaba), repetíase en Viena con complacencia que tenía en Berlín demasiados adversarios para arrastrar á su rey y á su país. En

medio de esa relativa calma de la diplomacia austriaca, el belicoso despacho de 26 de enero, que sonaba de repente á modo de toque de clarín, sacó de su quietismo á todos los que hubieran querido prolongar la ilusión de la paz.

La respuesta, formulada en 7 de febrero en un despacho del Sr. de Mensdorff al conde Karolyi, denunciaba un vivo sentimiento de dignidad ofendida y una irritación ya profunda, pero que se violentaba para no estallar. El Sr. de Mensdorff comenzaba por determinar el carácter del Tratado de Gastein, al que calificaba, como lo había calificado Bismarck, de arreglo provisional; y después de proclamar los deberes del Austria, rechazaba toda interpretación que los ampliara abusivamente é invocaba el mismo convenio para declinar toda fiscalización en la administración de las provincias del Holstein. «El gobierno imperial, decía, no es el único propietario de los derechos de soberanía, pero á su libre criterio está encomendado el modo de ejercerlos; en su consecuencia, «el ministro del emperador rechazaba enérgicamente la pretensión de Prusia de pedir cuentas de los actos del comisario austriaco.» Esta excepción perentoria dispensaba de toda explicación sobre los sucesos de Altona; por esto el Sr. de Mensdorff sólo hablaba de ellos incidentalmente y se limitaba á descartar, con desdén laconismo, la acusación de tendencias revolucionarias que se osaba formular contra su gobierno. En cambio, el jefe del gabinete de Viena, remontándose á consideraciones mucho más generales, desautorizaba, con gran elevación de ideas, «toda política de celos ó de rivalidad.» El Sr. de Mensdorff se guardaba de prolongar su defensa, y sobre todo prescindía de recriminaciones; sin embargo, daba á entender cuánto se prestaría el asunto á represalias si se quisiera entrar en este terreno: «Obraría contra los elevados sentimientos del emperador si me dejaba arrastrar á una comparación entre la conducta de la corte de Berlín y la nuestra.»

Cuando llegó este despacho á orillas del Spree, corrían por la corte y por la ciudad los primeros rumores de guerra y el gobierno se dedicaba con más asiduidad que nunca á completar sus fuerzas. ¿Asociaría el rey, que era el verdadero amo de la política, su suerte á la de su audaz ministro? ¿Buscaría, por el contrario, consejeros más circunspectos ante el temor de tan temibles aventuras? Los informes acerca de este particular eran escasos, oscuros y contradictorios. «A consecuencia de los usos de la corte de Prusia, escribía el embajador de Francia, el palacio está cerrado en absoluto á la diplomacia extranjera.» Pero lo que al exterior llegaba permitía adivinar grandes perplejidades en la familia imperial y en el alma del mismo monarca. El príncipe se indignaba de que se le discutieran los ducados, y por otra parte, ¡cuál no sería el escándalo de una lucha entre hermanos alemanes, y cuán peligrosa no sería esta lucha desde el momento en que se trataba de afrontar el poder de Austria! Bismarck guardábase de influir en el ánimo de su soberano: avaro de su crédito, dedicábase á conquistar uno por uno á los personajes que más disfrutaban de la intimidad de la corte, procuraba sobre todo atraerse á los que hasta entonces habían sido sus adversarios y hacía que de labios de éstos salieran los conceptos que en los suyos habrían sido sos-

pechosos ó importunos. Para llegar hasta la voluntad del monarca apelaba á largos rodeos y empleaba todo su arte en disfrazar de tal manera sus consejos que nadie habría podido adivinar de dónde éstos procedían. Uno de los más habituales recursos del ministro era persuadir al príncipe de que le provocaban, despertando de esta suerte en él ese amor propio susceptible que lleva dentro de sí todo buen prusiano. Durante los primeros meses del año 1866 prosiguió Bismarck con infatigable paciencia y con destreza llena de artificios este trabajo de conquista del monarca, el cual se dejaba convencer, aunque poco á poco y con toda clase de aprensiones y rectificaciones: «Me encuentro, decía con singular ansiedad, en un *recodo* de la historia de Prusia.»

En el momento en que la proximidad del peligro hacía necesaria la concentración de todos los poderes, un rumor molesto perturbaba los preparativos de la guerra. El día 15 de enero habíase abierto la legislatura, y ministros y representantes sólo habían vuelto á reunirse para reanudar la lucha que les dividía hacia muchos años. En el discurso del trono, leído por el presidente del Consejo, habíase expuesto fríamente el pesar de que no se hubiese podido llegar á una inteligencia para la fijación del presupuesto, y se había indicado la urgencia de desarrollar vigorosamente el poderío militar de Prusia. Las primeras sesiones habían transcurrido en tempestuosos debates: uno de ellos había versado sobre la reciente adquisición del Lauenburgo; el otro sobre los procedimientos incoados contra ciertos diputados con motivo de sus discursos. De diversos puntos llegaban mensajes de adhesión que eran depositados sobre la mesa. Bismarck, dejándose llevar de su osadía, resolvió suspender las sesiones del Parlamento, ya que no podía someter á los representantes, y el 22 de febrero, cuando tocaba á su fin la sesión, que había sido más agitada que de costumbre, el primer ministro entró en el salón, acercóse al presidente y le entregó una ordenanza que aplazaba las tareas de las dos cámaras de la Dieta hasta que se cerrara la legislatura. Al otro día, los miembros del Parlamento fueron convocados en el *Salón blanco* para oír la lectura de la real decisión y el discurso con que se les despedía: la arenga fué corta, altanera y llena de recriminaciones, y la prensa oficiosa acentuó la amargura de la misma y alabó al ministro que había hecho callar las sonoras voces de los oradores de la Cámara.

Cuando los diputados regresaban á sus provincias, llegaron á Berlín varios personajes notables, entre ellos Manteuffel y el conde de Goltz, procedentes del Sleswig y de París respectivamente. Circularon con este motivo varios rumores, sobre todo el de un cambio de ministerio; pero la verdad era que el rey, impresionado por la gravedad de las circunstancias, había querido tener á su lado á cuantos pudieran con sus luces ilustrar su política. El 28 de febrero celebróse un consejo doblemente importante por la categoría de los que á él habían de asistir y por los asuntos que en él debían discutirse. Estaban reunidos en torno del rey el príncipe real, los ministros, Moltke, el general de Manteuffel, el Sr. de Goltz y, en una palabra, todos los actores del futuro drama. El soberano denunció la conducta de Austria, que se obstinaba en relegar á Prusia á un pues-

to secundario; dijo que unidas ambas potencias alemanas dominarían á Europa, y añadió que aunque por un momento pudo creerse que esta unión, que había sido turbada, quedaría restablecida merced al Tratado de Gastein, en adelante sería quimérico alimentar tal esperanza: «La adquisición de los ducados, seguía diciendo el monarca, es en Prusia una aspiración nacional y si cediésemos en este punto nos debilitaríamos y envileceríamos á nuestra rival. Quiera Dios que no seamos nosotros los que provoquemos la guerra; pero tampoco deberíamos asustarnos en demasía si la guerra nos fuese impuesta.» Después del rey, Bismarck puso gran empeño en acentuar profundamente lo que su soberano no había hecho más que tratar muy por encima: enumeró los esfuerzos realizados por Austria para atraerse á la Francia, y luego, como si ya se estuviese en plena crisis, afirmó que más valía precipitar la lucha que dejar al adversario la elección de la hora y del campo de batalla. Pedido el parecer de los asistentes, entre todos los ministros, sólo el de Hacienda se declaró partidario de una política pácífica; los militares reclamaron la adopción de medidas enérgicas. Uno de los allí reunidos cuya opinión había de ser de más peso era el general de Manteuffel, personaje muy afecto al Austria y de quien su propio soberano hacía mucho caso. Afirmábase que Bismarck, al ponerlo al frente del gobierno del Sleswig, lo había colocado intencionadamente en un puesto en el cual había de encontrarse por fuerza en oposición con su colega vienés, el Sr. de Gablenz, á fin de que de este modo se destruyeran sus simpatías por los austriacos. Y los hechos habían, al parecer, justificado este cálculo, porque el general, aquel antiguo amigo del Austria, habló en los mismos términos que el jefe del gabinete. Sin embargo, la deliberación no concluyó sin que el partido de la paz encontrara un intérprete digno de defender una causa tan grande: en efecto, el príncipe real protestó contra toda medida que apresurara ó hiciera inevitable las hostilidades, diciendo que la guerra contra el Austria sería una guerra fratricida, porque se entablaría entre pueblos germánicos, y además imprudente, porque daría á Europa un pretexto para intervenir en los asuntos alemanes. Pero este lenguaje honrado no encontró eco, y el consejo decidió que el Sr. de Goltz volviese á París y observase las disposiciones del emperador, y que el Estado mayor general combinase los primeros preparativos para entrar en campaña. Uno de los principales puntos que habían de resolverse era el acuerdo con Italia; en su consecuencia se envió al Sr. de Moltke á Florencia para concertar la alianza que, en el día de la lucha, colocaría al Austria entre dos enemigos. Dispuesto así todo, el rey declaró que no provocaría las hostilidades, pero que tampoco las rehuiría.

Era imposible que se reunieran tantos personajes ilustres sin que se hablara de aquella conferencia; así es que, al terminar la sesión, los diplomáticos extranjeros, sumamente intrigados, se acercaron á los miembros del Consejo tratando de averiguar las resoluciones adoptadas. Los ministros eludieron toda contestación diciendo que habían prometido guardar el secreto, y únicamente Bismarck, menos reservado que sus colegas, dejó traslucir algo de lo que habían tratado: «No se ha tomado ninguna medida de ejecución inmediata, dijo el emba-

jador de Francia; pero mi política ha prevalecido.» Por breve que fuese aquella confidencia, el Sr. Benedetti sabía ya lo bastante para conjeturar que la guerra estaba próxima. El día 1.º de marzo, el Sr. de Manteuffel regresó á los ducados á fin de seguir desde allí los incidentes que habían de apresurar la ruptura; y el 3 el Sr. de Goltz se volvió á París con la misión de conservar la buena voluntad de Napoleón y de evitar toda complicación por el lado de Francia. Únicamente el señor de Moltke, que debía partir para Florencia, no partió, porque la misma Italia enviaba á Prusia el negociador encargado de sellar el acuerdo. ¿Sería realmente un mensajero de alianza? Apenas nos atrevemos á llamarle así, tan tortuosa era la política cuyo intérprete había de ser, y tanta sería su persistencia en dirigir sus miradas hacia Viena, aun en el momento en que se encaminaba á Berlín.

## VIII

A las seis de la tarde del día 28 de febrero, es decir, el mismo en que se celebraba en Berlín la solemne conferencia que dejamos reseñada, el caballero Nigra entraba en las Tullerías. Recibido por el emperador, expúsole en seguida el objeto principal de su visita: acababa de estallar en Bucharest una revolución cuya consecuencia había sido la caída del príncipe Couza, y al tener noticia de este suceso, había él concebido un plan que, según dijo, había sido aprobado por su jefe el general La Mármora, y que consistía en aprovecharse de aquel acontecimiento y buscar en los Principados Danubianos, desde aquel momento sin dueño, una compensación para el Austria, la cual haría cesión de Venecia. «¿Es realmente nuestra esta idea?, siguió diciendo el italiano. ¿No es más bien la de Vuestra Majestad?» Y el representante de Víctor Manuel recordó en aquella ocasión que en 1863 el emperador se había dignado explicar al conde Pasolini, en aquel entonces ministro de Negocios extranjeros, las ventajas de un arreglo semejante. El Sr. Nigra, insinuándose cada vez más, añadió que con este proyecto Napoleón realizaría á la vez el programa de la guerra de Crimea, asegurando una organización estable á las provincias moldo-valacas, y el de la guerra de Italia, consagrando la independencia de la península hasta el Adriático.

El emperador, que había escuchado todo aquel discurso sin interrumpirlo, cuando el diplomático hubo concluido, hizo observar que sería poco conveniente que fuese Italia la que tomase la iniciativa de la proposición, porque, á juzgar por el resultado de las anteriores negociaciones, la adhesión del Austria le parecía muy incierta y hasta muy poco probable. Luego, después de haber reflexionado un rato, propuso una combinación bastante maquiavélica que consistía en buscar en Berlín lo que se quisiera obtener en Viena: «Puesto que Prusia os invita á una inteligencia, no rechazéis sus indicaciones y negociad con ella una alianza ofensiva y defensiva; y en el entretanto, yo propondré vuestro plan al gobierno austriaco. Es imposible que entre los que rodean á Francisco José no haya quien no vea algo de vuestras intrigas, y bajo esta presión y comprendiendo que se halla en vísperas de encontrarse oprimida entre dos enemigos, el Austria aceptará tal vez un